

Esau y Jacob

O el drama de las dos Argentinas

Reflexiones sobre la Política Hoy
El arte de reconstruir los lazos ciudadanos,
en verdad, justicia, libertad y reconciliación

de + Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para la Semana Agustiniana de Pensamiento, en Buenos Aires, 13 de agosto de 2008.

Introducción

1. A fines de febrero, en una visita ocasional que hice a esta Parroquia de San Agustín, el P. Demetrio Jiménez O.S.A. me invitó a participar en esta IV Semana Agustiniana de Pensamiento. Mi primera reacción fue de rechazar la invitación, pues en julio tendría un viaje a Francia con obligaciones pastorales que cumplir. Y agosto lo reservo para el Seminario de Buenos Aires. Pero el P. Demetrio, me informó sobre el marco general de esta Semana: “Justicia y Verdad en el pensamiento de San Agustín”, y, sobre todo, me hizo morder el anzuelo proponiéndome el tema “Memoria y Reconciliación”. Finalmente acepté la invitación. Y hoy les ofrezco esta charla: “*La política hoy. El arte de reconstruir los lazos ciudadanos en la Argentina, en verdad, justicia, libertad y reconciliación*”, y que redacto a la manera de un drama bíblico. De allí, el título general que precede: “*Esau y Jacob, o el drama de los dos Argentinas*”. Y éste, en tres actos: 1º) el difícil parto de la Argentina; 2º) por qué nos peleamos los argentinos; 3º) para ser Nación, necesitamos reconciliarnos.

I. Primer acto

El laborioso parto de Esau y Jacob: o el difícil parto de la Argentina

*“Como los niños se chocaban el uno contra el otro dentro de su seno, Rebeca exclamó:
‘Si las cosas tienen que ser así, ¿vale la pena seguir viviendo?’” (Gen 25,22).*

Las dos Plazas del 15 de julio: Campo vs Gobierno nacional

2. Cuando acepté esta charla, nada me hacía prever el enfrentamiento entre el Campo y el Gobierno nacional, a raíz de la Resolución 125, que estallaría el 11 de marzo. Sin embargo, esa situación me obligó a reflexionar sobre el tema propuesto. Primero, porque experimenté los cortes de rutas. El 25 de marzo, yendo de la abadía de Victoria (Entre Ríos) a Rosario, para tomar el ómnibus a La Rioja, el monje que me llevaba tuvo que sortear el corte local saliendo por un camino vecinal, mientras me decía: “Nosotros también deberíamos estar allí”. Llegué a La Rioja con tres horas de atraso, porque el ómnibus, al pasar por Santa Fe y Córdoba, tuvo que superar una decena de cortes. ¿Qué está pasando en la República?, me preguntaba. Cuando después oí la interpretación de que el enfrentamiento del Campo era la reacción de la oligarquía contra un Gobierno popular, no lo podía creer. ¿Los que dicen eso habrán visitado algún corte de ruta? Allí no vi a Eurnekian, que tiene 40.000 mil hectáreas de soja en Formosa y otras tantas en el Chaco, de cuyas tierras, en especial, de la zona de Presidencia Roca, fueron presionados a irse muchos pequeños productores. Vi al chacarero, nieto de gringos, con sentido del terruño, que “labura” de sol a sol para ganarse el pan, que paga impuestos, pero que no ve cómo éstos se reviertan en salud, escuela y caminos en su tierra. Y contempla azorado cómo se humilla a su gobernador, que debe ir y venir de Buenos Aires para mendigar un dinero que le corresponde. Si antes era feo ver al ministro de economía de la Nación yendo y viniendo de Nueva York, hoy no es nada lindo ver a los gobernadores de las Provincias yendo y viniendo de Buenos Aires.

3. Segundo, nada me hacía prever que un conflicto sería tan mal manejado por la autoridad y por el partido en el poder. Y esto, a lo largo de meses. A fines de mayo fui al Uruguay. A mediados de Junio viajé a Francia. Volví el 15 de julio. Y el conflicto seguía estando allí. Esa misma tarde vi por TV las dos plazas opuestas, la del Congreso y la del monumento a los Españoles. La primera, llenada con los recursos del poder. La segunda, colmada por una multitud del campo y de la ciudad, que concurrió espontáneamente, como tal vez no se la veía desde el Congreso Eucarístico Internacional de 1934.

En cuanto al enfrentamiento, es cierto que no se lo puede presentar como un enfrentamiento entre dos sectores sociales, porque el Gobierno no es un sector. Pero ¿se pregunta el Gobierno si no se estaría comportando como tal?

4. Tercero, hoy no dudo en afirmar lo que vislumbré desde el comienzo del conflicto: que éste desborda los alcances económicos de la Resolución. Y que, bajo una cuestión económica, afloró un enfrentamiento político entre gran parte de la sociedad argentina y el Gobierno nacional, de dimensiones colosales, como no recuerdo otro. Tal enfrentamiento no puede ser explicado simplistamente como la resistencia por parte de los sectores pudientes a aceptar un modelo económico de redistribución del ingreso a favor de los sectores más pobres. Ni tiene que ver directamente con la plasmación de una oposición política partidaria, casi ausente y desarticulada en la Argentina. Ni es una mera reedición del enfrentamiento al Gobierno por parte de quienes, en 2001, vieron confiscados sus ahorros. Aunque no se tenga siempre plena conciencia de lo que sucede, y aunque se lo quisiese reducir a una mera cuestión de plata, este enfrentamiento explicita un conflicto político muy profundo, que viene de vieja data, y hace a la esencia de la sociedad política, de cuya solución depende que la Argentina supere su estado de crisis endémica.

Mi interpretación

5. Para simbolizar este conflicto, por pedagogía, dejo las fotos de las dos Plazas y paso a la imagen bíblica de Esaú y Jacob enfrentados desde el vientre de Rebeca. Pero les propongo una explicación más racional. A saber:

a) la sociedad argentina, que está en vísperas del Bicentenario 2010-2016, y que quiere asumir como nación toda su historia desde los orígenes, con sus luces y sombras;

b) que celebra 25 años de la restauración del sistema democrático en 1983;

c) que está satisfecha por la superación de los efectos económicos de la gran crisis de diciembre de 2001;

d) el 15 de julio de 2008 manifestó que no soporta más modelos políticos hegemónicos, y quiere comenzar a vivir en un sistema político que sea de veras representativo, republicano y federal, como establece la constitución nacional.

Esta es una apreciación que surge de mi experiencia. Vale lo que vale. La comparto con Uds. con sinceridad, con la intención de ayudar a entender el mal que nos aqueja a los argentinos y descubrir su cura. A Uds. les corresponde juzgar de ella. Y, sobre todo, hacer su propio aporte.

Testigo de una degradación gradual y persistente

6. Nací poco antes de la revolución de 1930. Viví en una Argentina en permanente crisis política. Y observo cómo la no resolución de la misma, y el empecinamiento de nuestra dirigencia en verla sólo bajo el aspecto económico, ha llevado a la Nación a perder, en forma gradual y persistente, la posición privilegiada entre las naciones del mundo alcanzada durante el primer centenario. De ser una nación promisoriosa, a la que vinieron millones de europeos para empezar una vida nueva, hemos devenido una nación incapaz de contener a sus hijos, muchos de los cuales prefieren emigrar a la tierra de sus abuelos, no logra realizar una política interna pacífica, y perdió el peso que tuvo para promover la armonía de América Latina.

¿Un pueblo sin representación política?

7. ¿Que ante esta situación hay que proceder a una reforma política? Sin duda. Pues ha de haber un gran desajuste en los engranajes electorales para que, de elecciones democráticas, surjan gobernantes en los que, al poco tiempo, la sociedad no se siente representada. Ha sucedido con

Menem, con De la Rúa, y está sucediendo con los Kirchner. Pero no voy a hablar directamente de tal reforma. Desde la crisis del 2001, muchos se han expedido al respecto, especialmente la Mesa del Diálogo Argentino.

8. También ha de haber un gran desajuste entre los partidos políticos y su representación efectiva en el parlamento. El mutismo del Congreso durante cuatro meses en torno a las Retenciones, hasta que finalmente el Poder Ejecutivo presionado por las circunstancias envió un proyecto de ley, y la acusación que se le hace de ser “una simple escribanía del Gobierno”, habla a las claras de un desajuste. Tampoco voy a hablar directamente de éste, pues también hace a la reforma auspiciada.

9. En torno a la representación del pueblo, existe la cuestión de los partidos políticos. De ellos la Constitución nacional dice que “*son instituciones fundamentales del sistema democrático*” (art. 38). ¿Pero cuál es su entidad real? ¿Representan, de veras, diversas corrientes políticas y encauzan el diálogo de la sociedad? ¿Qué son los viejos partidos? ¿Y qué, los nuevos?

¿Qué es el peronismo?

10. ¿Qué es, sobre todo, el partido justicialista, incomparablemente el más grande de todos? ¿Quién encarna su ideal político? ¿El primer Perón, el coronel de los trabajadores? ¿El segundo Perón, el de la venganza del cinco por uno? ¿El tercero, que alentó a los montoneros? ¿El cuarto, el sabio, el del abrazo con Balbín? ¿Lo representa Cámpora? ¿Lastiri? ¿Isabelita? ¿López Rega? ¿Luder? ¿Lo representa Menem? ¿El de la primera presidencia? ¿El de la segunda? ¿El de la re-re-elección? ¿Lo representa Rodríguez Saa? ¿Duhalde? ¿Reutemann? ¿Néstor Kirchner? ¿Acaso, Cristina Fernández de Kirchner? ¿Puede un partido político representar, a gusto y ganas, al día y a la noche?

11. Ante estas contradicciones, no sólo el observador político, sino el mismo pueblo queda perplejo. Pues, guste o no, el peronismo no es un partido como los demás. Desde el surgimiento del mismo en 1945, (la mayor parte de los argentinos actuales no había nacido), hasta el presente, ha marcado profundamente la vida política argentina. Ningún gobierno ajeno a él ha logrado terminar su mandato, aun cuando hubiese sido elegido por una inmensa mayoría, como en el caso de Alfonsín y De la Rúa. En ambos casos, el adagio peronista “*Ustedes tienen el gobierno, pero nosotros tenemos el poder*” se ha verificado inexorablemente. Por otra parte, cuando el peronismo obtuvo el gobierno, siempre lo logró por inmensa mayoría de votos. Su gobierno siempre se propuso como la salvación del caos reinante en la política argentina, pero siempre ha sido devorado por él. Para salir del mismo ha enarbolado las banderas más dispares, alineándose unas veces con el cristianismo social, otras con la socialdemocracia, otras con los movimientos guerrilleros de liberación, otras con el más crudo liberalismo. Ni siquiera logra presentarse unido a las elecciones, y dirime sus internas en las elecciones nacionales. Y hoy se da la paradoja que son muchos los que todavía cantan la marchita, pero pocos sabrían repetir sus banderas iniciales.

12. En mi adolescencia admiré al primer peronismo. ¡Cómo no lo iba a admirar si en mi casa se vivía con menos penuria que antes, y mi padre pudo construir la casa gracias a la política del Banco Hipotecario Nacional! Por ello imaginaba que junto a la palabra “peronismo” jamás habría otro nombre pretendiendo compartir el Olimpo con el General. La historia se encargó de desilusionarme. Nombres nuevos han surgido, y con ínfulas de competir y hasta de ganarle al General. Para asombro mío, con el aplauso de los mismos peronistas, tuvimos “menemismo” durante más de diez años. Y desde el 25 de mayo de 2003 alumbró el sol del “kirchnerismo”, que algunos se prometen sin ocaso, aunque hoy se oculta bajo densos nubarrones.

El nombre de Kirchner, como el de Menem, como el de Duhalde, como el de Rodríguez Saa, y cualquier otro, no tiene la magia del nombre de Perón, que es casi sagrado, o más que sagrado. Cuando se agitó la extradición de Isabelita, todos fuimos avisados que “con Perón no se jode”. Sin embargo, en el peronismo existen hombres con vocación de poder. Y cuando lo alcanzan, en vez de gobernar (del griego “kybernein”, que significa “timonear” la nave), salen a buscar el

poder omnímodo. Para ello arremeten contra todo. Incluso contra la constitución nacional, que Menem reformó en beneficio propio. Y atacan a todo sector social que imaginen un obstáculo, así pudiese servir de playa donde echar anclas en días de borrasca. Así, el ex presidente Kirchner, con su estilo crispado e injurioso. Al partido que los sostiene, en vez de dignificarlo para que sea el ámbito donde se piensan las políticas: lo envilecen y transforman en instrumento al servicio de la acumulación del poder. Se ilusionan, quizá, que de ese modo lograrán arrebatar una chispa de la llama olímpica que hasta ahora posee sólo el General, y que inmortalizarán su nombre junto al suyo. Ésta fue la ilusión que también sufrió una parte del radicalismo en tiempos de Alfonsín, que pretendió un radicalismo “peronista”, a modo de tercer gran movimiento histórico. Cabe la pregunta: ¿qué es el peronismo?

II. Segundo acto

¿Por qué peleaban Esaú y Jacob?

¿Por qué peleamos los argentinos?

“Esaú dijo entonces: ‘Sí, con razón se llama Jacob. Ya van dos veces que me desplaza: primero arrebató mi condición de hijo primogénito, y ahora se ha llevado mi bendición’” (Gen 27,36)

¿Cuál es nuestro ideal político?

13. Cabe una pregunta más grave: ¿cuál es el ideal político que tenemos los argentinos? ¿Es el que marca la constitución nacional en su primer artículo: “*La Nación Argentina adopta para su gobierno la forma representativa republicana federal*”? ¿O es otro, paralelo a la letra de la Constitución, no formulado jurídicamente, intuido sólo sentimentalmente, que los argentinos vamos plasmando a ciegas, con la arcilla pródiga de nuestra pampa, conducidos por algún genial alfarero, hasta ayer desconocido, pero que aparece de pronto y viene a salvarnos con la fórmula mágica de un nuevo modelo de sociedad?

“Este modelo de sociedad”

14. No conozco el lenguaje político de otros países. Pero, fuera de la Argentina, nunca escuché el lenguaje de acento mesiánico que se estila en el nuestro. “*Este modelo de sociedad que representa Fulano de Tal, que todos queremos y que vamos a defender*”: se suele oír, con acento heroico, sin que nadie sepa en qué consiste. “*Este modelo de sociedad*” no ha sido propuesto por ningún partido. No ha sido discutido en ningún parlamento. Sin embargo, “*este modelo*” imprevisiblemente cobra entidad. Y hasta se lo bautiza con un nombre.

Otros, con más modestia, hablan de “*este modelo económico*”. Pero todo el mundo sabe que un modelo económico exige un modelo político, y que éste, a su vez, está condicionado en la Argentina por el estilo de quien tiene el gobierno presidencial.

Aquí vienen más preguntas: ¿el modelo económico del que se habla, está en conformidad con el modelo político establecido en la Constitución? ¿El estilo de gobierno con que se lo impulsa desde la Presidencia: es respetuoso de la dignidad de todos los ciudadanos?

¿Gritones como los italianos?

15. No es nada fácil desembrollar la madeja política argentina y entender qué nos pasa. Un amigo me dijo: “La cosa es muy simple. Nos pasa lo que a los italianos. Ellos son gritones. Y como hemos trasvasado su sangre a nuestras venas criollas, nos hemos vuelto gritones como ellos”.

Me puse entonces a contemplar a los italianos, para mirarnos en ese espejo y entender qué nos pasa. Y sí, son gritones. Pero nada que ver con nosotros. Ellos, en la memoria colectiva, han tapiado definitivamente el balcón del Palazzo Venezia. A nadie se le ocurre mirar hacia él. La inmensa mayoría de los italianos no sabe que allí, en los años 30-40, se asomaba alguien a quien sus abuelos llamaban “Il Duce”. Además, en circunstancias político-partidarias que se pretenderían similares a las argentinas, los italianos decretaron democráticamente la muerte de los antiguos partidos políticos. En primer lugar, de los dos colosos, que conocí después de la guerra: la DI CI (Democrazia Cristiana) y el PI CI (Partito Comunista Italiano). Y también de

los demás partidos. Y con sus cenizas engendraron otros con nombres nuevos. Por ello, cuando ahora llego a Italia y leo los diarios, no entiendo nada de lo que pasa en la política. Pero enseguida advierto que, si bien la vida política italiana no es toda bonanza, la vida social, económica y cultural del país sigue viento en popa. Porque, mal que mal, el pueblo italiano tiene el control de la política menuda. No es esta política la que tiene el control del pueblo italiano. Deduje, por tanto: si los argentinos somos gritones, no lo somos por la sangre italiana trasvasada a la nuestra. ¿Por qué somos gritones, entonces?

¿Monarquía o República?

16. Me quedé mortificado con eso de que “somos gritones”. Para verificar si ello era cierto, como no le tengo mucha fe a la TV, me puse a leer algunos libros: Historia de los Argentinos, de Carlos Floria y César A. Belsunce; La invención de la Argentina – Historia de una idea, de Nicolás Shumway; El atroz encanto de ser argentinos (1º y 2º), de Marcos Aguinis. Si debo dar fe a lo que dicen estos pensadores, es evidente que los argentinos somos gritones y, además, peleadores. Cuando todavía no habíamos visto la luz como nación independiente, ya nos pelábamos, como Esaú y Jacob en el vientre de Rebeca. Desde 1810 no hemos dejado de pelearnos.

17. Pero ¿por qué peleamos? ¿Cómo entender por qué dos pelean? ¿Por qué peleaban ayer Moreno y Saavedra? ¿Por qué pelean hoy el Gobierno y el Campo? Sólo con un filtro, uno puede distinguir la voz de cada uno. Y escuchar las razones que esgrime. Pero se da, a veces, que uno grita por una razón y, a la vez, por otra que parece contraria. Y entonces uno no acaba de entender por qué grita y pelea.

18. En 1810, a la vez que se gritaba por la rebeldía criolla frente a Fernando VII, se gritaba también por la primacía de Buenos Aires sobre las Provincias y por la autonomía de éstas frente a Buenos Aires. Eran ideas en pugna. Pero éstas no son angelicales. Las proponen hombres que tienen pasiones. Y éstas también entran en pugna, más abiertamente unas veces, más disimuladamente otras. Y según las modere el político del caso, surgen diversos estilos de gobierno. En aquel entonces surgieron dos estilos: uno, con el acento puesto en la eficacia, así implicase el degüello a la manera de Robespierre, propiciado por Moreno; y otro, con el acento en la moderación, que respetase a las partes en disputa, propiciado por Saavedra. Pero esto no nos autoriza a simplificar la discusión y afirmar que la primacía porteña se identificaba con el degüello morenista, ni que los provincianos estuviesen siempre con la moderación saavedrista.

19. Poco después, se comenzó a gritar por otra idea: el régimen de gobierno. Unos estaban por una monarquía, y otros por una federación. El griterío no lo resolvió el Congreso de Tucumán en 1816. Nuestros más grandes númenes, San Martín y Belgrano, y muchos patriotas, cuyos nombres saludamos en las calles, conociendo nuestra índole indómita, se inclinaban por un sistema monárquico. Pero muchos otros patriotas, provincianos y porteños, cuyos nombres también saludamos, temiendo el despotismo de los reyes, rechazaron todas las fórmulas monárquicas imaginadas: que un descendiente de los Incas, que un príncipe de la Casa de Braganza, que una princesa portuguesa casada con un descendiente inca, que un príncipe inglés, que el duque de Orleans, que el príncipe de Luca. Y se volvió a la discusión original: primacía de Buenos Aires o autonomía de las Provincias. Se instauró así un griterío, que pronto se convirtió en lucha a muerte entre unitarios y federales, que duró décadas.

El sueño de la Patria Grande hecho añicos

20. En consecuencia, a pesar de que el Congreso de Tucumán declaraba que “*las Provincias Unidas de Sud América*” tienen “*voluntad unánime e indubitable de romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli*”, se hacía añicos el sueño de la Patria Grande. No sólo no se formaron “*las Provincias Unidas de Sudamérica*”, sino que el territorio del Virreinato del Río de la Plata comenzó a fragmentarse en diversas naciones, que empezaron a llamarse Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay, con no pocos conflictos

entre ellas, siempre lamentables, de diversa magnitud, que van desde la guerra entre Chile y Perú al actual entredicho entre Argentina y Uruguay.

La dualidad social

21. En 1853 llegó el momento de la constitución nacional, que estableció con claridad que *“la Nación Argentina adopta para su gobierno la forma representativa republicana federal”*.

¿Terminó entonces la pelea en torno a la forma de gobierno? A primera vista sí. Pero si observamos atentamente, se constata que terminó sólo en las formas legales. Por ello, una vez superada la secesión de Buenos Aires, si bien se logró vivir formalmente en estado de derecho hasta 1930, lo cual fue un marco decisivo para impulsar la prosperidad del País, la dualidad argentina reapareció bajo otra forma, oculta hasta entonces: la social. Todos los argentinos cantaban el Himno nacional, pero no todos participaban de los bienes de la Patria. Los trabajadores, que eran los que más contribuían con su esfuerzo y hacían a la Nación rica y famosa, no gozaban equitativamente de los bienes que producían. De hecho, hasta el lenguaje los excluía. A inicios de los años 40 se hablaba de los “cabecitas negras”, los “grasa”. Y los indígenas fueron declarados inexistentes. De allí, el surgimiento del fenómeno peronista en 1945. Aunque sea difícil definirlo, es sin duda un grito de justicia social. Por ello, su permanente actualidad, pese a todas sus contradicciones.

Concepción maniquea de la política y de la historia

22. Me sube la fiebre con sólo intentar recordar las dualidades argentinas de las que he sido testigo. Un verdadero maniqueísmo. En vez de cristianos, pareciéramos seguidores de la religión de Manes, que interpretaba el mundo como la guerra permanente entre el dios del Bien y el dios del Mal.

Dejo de lado la revolución del 30, que conocí sólo por las charlas de mi padre con sus compañeros de trabajo que lo visitaban. Y paso a mi adolescencia.

- En 1943, el 4 de junio, mientras las tropas pasaban junto al Seminario de Buenos Aires por la avenida San Martín hacia la Plaza de Mayo, para voltear al Presidente Castillo, recuerdo que uno de los superiores se preguntó preocupado en alta voz: “¿Serán comunistas?” La pregunta respondía a que no pocos de los superiores eran jesuitas españoles y tenían experiencia dolorosa de lo vivido en España. En mi mente de adolescente me quedó la impresión: “Si son comunistas, ha de ser algo muy malo. Pero si no lo son, talvez no sea tan malo voltear al Presidente”. Una reflexión típicamente clerical. Pero no exclusivamente. Hoy verifico que hay dirigentes políticos, que alardean de progresistas, con mentalidad muy clerical. Censuran los golpes militares selectivamente. Los golpes de 1930, 1955 y 1976 merecen reprobación, porque conducidos por demonios contra ángeles. Y por tanto hay que hacer memoria de ellos. En cambio, los golpes de 1943 y de 1966, no merecen reprobación. Al primero se le hace un guiño benevolente porque de él surgió el General. El segundo, en cambio, no tiene importancia porque fue contra Illía, que era un pobre diablo. De estos dos golpes no hay que hacer memoria. Típica visión maniquea de la historia y de la realidad político-social.

- Cuando estaba en Europa haciendo mis estudios, hacia fines de 1954, comencé a advertir cuán dividida estaba la Argentina. No lo percibí antes pues era muy joven, y en casa había mucha pobreza para darme cuenta que era posible otra tipo de lucha por la justicia social. No olvido la súplica de mis parientes de Italia, humildes campesinos, de quedarme con ellos y no volver a la Argentina, pues estaban espantados con lo dicho por Perón en agosto de 1955: “Por cada uno de los nuestros que caigan, caerán cinco de ellos”.

- Apenas volví de Europa, en octubre de 1955, después de seis años de ausencia, me quedé atónito con la pregunta que me hicieron a los pocos días: “¿Usted es nacionalista o democrático?” Pensé: ¿será que habrá que tener uno de los dos pasaportes para vivir en la Argentina y ubicarse en un grupo o en otro?

- No me gustó nada el lema “Cristo vence” que algunos católicos del Barrio Norte llevaban en la solapa. Me encantó, en cambio, el lema del General Lonardi: “Ni vencedores ni vencidos”. Pero para la Argentina maniquea eso fue demasiado, y antes de los dos meses de asumir el poder, Lonardi fue desplazado por el General Aramburu empujado por los militares más duros.

- Después fue la intentona del General Valle, y los fusilamientos del 10 de junio de 1956, bien al estilo de Mariano Moreno, cuyo dolor yo revivía el diez de cada mes cuando celebraba la Misa encargada por la viuda del coronel Cogorno.
- Desde 1957 a 1962, fue el hostigamiento militar al Presidente Frondizi y su destitución por ser un político realista, que quería sacar a la Argentina de la visión maniquea.
- En 1962, los militares, divididos entre azules y colorados, se trenzaron a matar.
- En 1966, fue el golpe militar contra el presidente Illia. Pero como dije, en la visión de algunos, este no sería un golpe a repudiar.
- En 1970 fue el asesinato del General Aramburu. Allí comprobé cómo el maniqueísmo había ganado terreno, incluso en el corazón de algunos clérigos: “¡Tanto lío ahora por la muerte del que fusiló a los obreros en José León Suárez!”, escuché en una sacristía. Doloroso constatarlo. Pero en la Argentina había una sangre de hermanos que llorar. Y otra que no había que llorar. ¿Dónde quedaba el precepto evangélico “amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores”?

Se abren las puertas del infierno

23. A partir de allí, la barca del maniqueísmo político desplegó sus velas. Y enfiló a toda velocidad hacia la locura. Sólo anoto algunos recuerdos: el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), los Montoneros, el 24 de mayo de 1973 con la apertura de las cárceles y la liberación de todos los guerrilleros, el 20 de junio con la masacre de Ezeiza al regreso de Perón, el 1 de Mayo de 1974 con la expulsión de los montoneros de la Plaza de Mayo. Y, a la muerte del General, el poder que pasa a manos de Isabelita, indefensa mujer, a merced de López Rega. ¿Cómo el General, tan inteligente, le dejó, nos dejó esa herencia? Muertes y atentados todos los días. Las hordas de la Triple “A” actuando con el beneplácito del poder. Y el partido Justicialista incapaz de reaccionar políticamente, porque el nombre de Perón, que portaba la viuda, era intocable. Cuánto bien nos haría a los argentinos escuchar siquiera una vez de labios peronistas autorizados: “¡Lamentamos profundamente no haber removido a Isabelita con un juicio político honesto! ¡Y por ello pedimos perdón al pueblo argentino!”. Sería una lágrima tardía, pero que ayudaría a apagar el infierno abierto el 24 de marzo de 1976, y que todavía humea y nos quema.

- A partir de entonces las huestes diabólicas, promovidas durante largo tiempo por terráqueos, salieron a sembrar el terror, conducidas por los mismos militares que ayer secundaban al poder civil, a quienes éste había dado la orden de aniquilar a la guerrilla. Con el terror de estado los argentinos emulamos, y por momentos superamos, a la policía soviética y a la SS nazis.

24. Lastimosamente no sabemos hacer como los alemanes. La mayoría de ellos, sin ser corresponsables directos de su pasado, pues no habían nacido, asumen hoy sus consecuencias, incluso económicas. Saben que sus padres y abuelos no eran todos nazis ni todos actuaron como tales. Pero aceptan que el comportamiento social de la nación alemana fue tal que todos, a su manera, contribuyeron a que el nazismo fuese posible con todos sus horrores. Por eso hoy pueden levantar la frente y proponerse al mundo como garantía de la paz.

Entre nosotros, en cambio, nadie se hace cargo de nada. La guerrilla revolucionaria, la Triple “A” y el Terror de Estado nos cayeron imprevistamente desde el cielo. Se calla sobre ellas, o se las justifica. Para unos, la guerrilla revolucionaria habría sido una gesta heroica de valientes muchachos que lucharon por una Patria mejor, la Patria socialista. Ninguna potencia extranjera la habría entrenado, ningún político la habría alentado, ninguna universidad le habría dado sustento ideológico, ningún clérigo la habría bendecido. Para otros, “terror de estado” sería sólo una patraña ideológica con que los montoneros, que ahora han vuelto a la Plaza de Mayo, denigran a los militares que cumplieron con su deber y salvaron a la Patria de la férula comunista.

Es por este tipo de análisis irracional de lo sucedido que los argentinos andamos todavía con la frente gacha, anclados en el pasado, mascullando insultos unos contra otros. Ante tales ideólogos, mejor escuchar la exhortación de Jesús: “*Déjenlos: son ciegos. Pero si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en un pozo*” (Mt 15,14).

25. Me detengo todavía un momento para anotar tres locuras más: el mundial del 78, que salimos a festejar, olvidados de la orgía de sangre del terror de estado todavía en curso; la guerra fallida con Chile a fines de ese año; y el desembarco militar en las Malvinas el 2 de abril de 1982, con la consecuente guerra del Atlántico Sur. A los argentinos locuras no nos faltan. E interpretaciones históricas y políticas demenciales, tampoco.

III. Tercer Acto **Esaú y Jacob se reconcilian**

Para ser Nación, los argentinos necesitamos reconciliarnos

*“Jacob se adelantó, y antes de enfrentarse con su hermano, se postró en tierra siete veces.
Pero Esaú corrió a su encuentro, lo estrechó entre sus brazos, y lo besó llorando” (Genesis 33,3-4)*

A) Presupuestos cristianos de la Reconciliación¹

Cuatro supuestos necesarios: Verdad, Justicia, Libertad y Amor

26. Para proponer estos cuatro supuestos para la Reconciliación, me sirve de inspiración la encíclica de Juan XXIII, *Pacem in Terris, sobre la paz entre todos los pueblos que ha de fundarse en la Verdad, la Justicia, el Amor y la Libertad (11-4-1963)*. Estos dan firmeza a su pensamiento, que en aquel entonces impresionó a la opinión mundial y fue alabado por mismo premier soviético. Son también los valores que se proponen en la Doctrina Social de la Iglesia², junto con los principios que deben presidir la edificación de una sociedad digna del hombre; a saber: dignidad de la persona humana y sus derechos fundamentales, el bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiaridad, la participación, la solidaridad³.

Siguiendo el enunciado de los valores enunciados por Juan XXIII y por la Doctrina Social, y dentro de la lógica de esta Semana, debería tratar ahora de la Verdad y de la Justicia en orden a la Reconciliación. Los doy por supuesto, por amor a la brevedad, y porque ya se los trata en esta Semana. En cuanto a la Libertad, que añadí en el título, también lo doy por supuesto. Y aunque en esta Semana no se trate explícitamente de ella, seguro que aquí se la respira. En cuanto al Amor, que Juan XXIII lo explicita en la encíclica bajo el nombre de “solidaridad física y espiritual” entre las naciones (cf. pf 98), lo explicitaré a continuación bajo el término “Reconciliación”.

“Reconciliación” y “Memoria”: conceptos entrelazados

27. El concepto cristiano de “Reconciliación” es inseparable del concepto “Memoria”. Incluso, tiene su fuente en ella.

Desde 2003, en el mundo político argentino se repite mucho esta segunda palabra. Y se sospecha de la primera. Pero no me detendré en hacer el análisis de estos conceptos en ese plano. Procuraré, más bien, profundizar en el significado de estas dos palabras típicamente cristianas. En un segundo momento, procuraremos ver si de la sobreabundancia de sentido de ambas se puede beneficiar la fragmentada vida política y social argentina.

“Memoria”: concepto clave de la religión cristiana

28. “Memoria” (“anámnesis”) es la principal palabra cristiana, superada sólo por la palabra “Jesucristo”: “*Jesús tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en MEMORIA mía*” (Lc 22,19; 1 Co

¹ Cf **Giaquinta**, Carmelo. 2007/8. "Memoria y Reconciliación. Un enfoque pastoral sobre la Violencia Política en la Argentina, en las décadas del '60 y '70". *Colección*, 18/19 (en prensa): conferencia promovida por el Centro de Estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina, el 01 de octubre de 2007.

² Cf Pontificio Consejo Justicia y Paz, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, pfs 197-208.

³ Cf *ib*, pfs. 105-196.

11,24). Esta palabra es la que da sentido a todas las demás: Evangelio, Bautismo, Perdón de los pecados, Reconciliación, Iglesia, Apóstol, Misión, etc. Sin Memoria no existiría la Iglesia. Su expresión máxima se da cuando ella se reúne para hacer Memoria de la muerte del Señor, y comemos el Cuerpo y bebemos la Sangre de Cristo: *“Beban todos de ella, porque esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados”* (Mt 26,27-28).

Jesucristo nos reconcilia por su Sangre porque él es de nuestra misma sangre

29. ¡Misteriosa la Sangre derramada por Cristo, de la que hacemos Memoria! En vez de enemistar, crea una *“alianza nueva”* (Lc 22,20), y *“eterna”* (Hb 13,20), entre Dios ofendido y el hombre ofensor. Y ello, porque su Sangre es muy superior a la de Abel. Mientras la de éste *“grita hacia mí desde el suelo”* (Gen 4,10), *“la sangre purificadora (de Cristo), que habla más elocuentemente que la de Abel”* (Hb 12,24), suplica a Dios en favor de los que lo crucifican: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc 23, 34). Esto es así porque Cristo y nosotros tenemos *“una misma carne y una misma sangre”* (Hb 2,14), y *“no se avergüenza de llamarnos hermanos”* (Hb 2,1) ¿Cómo podría, entonces, acusarnos ante el Padre? *“¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? ¿Será acaso Jesucristo, el que murió, más aún, el que resucitó y está a la derecha del Dios e intercede por nosotros?”* (Rom 8,33-34)-

30. Es notable cómo los escritos del Nuevo Testamento subrayan la identidad del Hijo de Dios con nosotros. Y para ello resaltan el carácter histórico de la humanidad en que se encarnó. Incluso, recuerdan las maldades de los ascendientes de Jesús. Y esto, no por un heredado complejo de culpa, sino para subrayar el amor misericordioso que el Hijo nos tiene. Por amor fue capaz de asumir todo lo nuestro, con toda nuestra historia de pecado, para poder purificarnos y compartirnos todo lo suyo: su filiación divina. Así, San Mateo, al iniciar su Evangelio con la genealogía de Jesús, cuando nombra al rey David, recuerda su crimen nefando de ordenar dejar solo en la batalla a Urías, su mejor soldado, para que muriese, y ocultar así el adulterio cometido con su mujer, de la que después nacería Salomón (cf Mt 1,6).

Igualmente, es notable la reflexión teológica que circulaba en la Iglesia del tiempo de los Apóstoles para hablar de la identificación del Hijo de Dios con nosotros, y de allí concluir que estamos reconciliados con Dios. San Pablo, con un lenguaje crudo, típicamente semita, nos desconcierta diciendo: *“A aquel que no conoció pecado, Dios lo identificó con el pecado a favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por él”* (2 Co 5,21). Y en la carta a los gálatas: *“Cristo nos liberó de esta maldición de la Ley (mosaica), haciéndose él mismo maldición por nosotros, porque también está escrito: ‘Maldito aquel que está colgado en el patíbulo (cruz)’”* (Ga 3,13). La carta a los Hebreos, por su parte, reflexiona: *“Él no vino para socorrer a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham. En consecuencia, debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Y por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba”* (Hb 2,17-18; cf 4,15).

31. En resumen: el Hijo de Dios, enviado por el Padre a la humanidad, vino de veras y se hizo uno de nosotros, hermano nuestro. Por ello, asume ante nosotros la representación de Dios. En su nombre nos predica el arrepentimiento, nos purifica, nos perdona. Pero también asume nuestra representación ante el Padre. En nombre nuestro alaba a Dios, le suplica, y le presenta la ofrenda de su vida plenamente humana, santa, inmaculada de todo pecado, pues la vive en total sintonía con su voluntad (cf Hb 10,5-10). Por ello, desde que Cristo se hizo hombre, contamos con un hermano de nuestra estirpe en quien Dios necesariamente se complace (cf Mt 3,17). Siendo éste *“el Primogénito entre muchos hermanos”* (Rm 8,29), Dios no puede menos que mirar con complacencia a todos los que somos hermanos suyos, y darnos, por su medio, todos sus dones: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores?”* (Rm 8,31-32).

Por ello Cristo trabaja incansablemente para unirnos a él, seamos hijos en el Hijo, y, superadas todas las divisiones, los hombres nos hermanemos e invoquemos a Dios con una sola voz: ¡Padre Nuestro!

“No matarás”: asesinatos físicos y espirituales

32. En el Sermón de la Montaña, Jesús esclarece el sentido pleno del mandamiento “No matarás”. Y nos revela la profundidad de nuestras divisiones. Además del asesinato físico, que es terrible, existe el asesinato espiritual, no menos terrible, pues es causa del odio. Por ello, no basta con no matar con la punta del puñal. Ni siquiera hemos de herir al hermano con la punta de la lengua: *“Ustedes han oído que se dijo a los antepasados: No matarás, y el que mata, debe ser llevado ante el tribunal. Pero yo les digo que todo aquel que se irrita contra su hermano, merece ser condenado por un tribunal. Y todo aquel que lo insulta, merece ser castigado por el Sanedrín. Y el que lo maldice, merece la Gehena de fuego”* (Mt 5,21-22).

La pedagogía de la Reconciliación enseñada por Jesús

1º) Pedir perdón al que ofendimos

33. De allí, también, la profundidad de la reconciliación que Jesús nos enseña. Los que somos sus discípulos hemos de hacer memoria, en primer lugar, de las ofensas que cada uno infirió a su prójimo. El momento más adecuado para ello es al ofrecer nuestro sacrificio a Dios. *“Si al presentar, tu ofrenda en el altar, te acuerdas (mnēsthēs, “haces memoria”) de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda”* (Mt 5,23-24). La reconciliación debe ser procurada activamente, yendo al encuentro del hermano ofendido, sin esperar pasivamente que la situación se arregle por sí sola.

Me pregunto si es así que celebro la Eucaristía, si enseño a mis hermanos a participar de esta manera. La celebración de la Eucaristía es sin duda el mejor momento para hacer memoria de nuestras ofensas al prójimo. Pues en ella hacemos Memoria de la muerte del Señor. Muerte singular, que nosotros le procuramos, sin que él tuviese que hacer memoria de ofensa alguna a nosotros, y que soportó por amor: *“Como oveja fue llevado al matadero: y como cordero que no se queja ante el que lo esquila, así él no abrió la boca”* (Hch 8,32; Is 53,7-8). Y cuando la abrió, fue sólo para disculparnos y pedirle a Dios perdón para nosotros: *“Padre, perdónales, no saben lo que hacen”* (Lc 23,34).

2º) Dar el primer paso hacia el que nos ofendió

34. A pesar de ser tan lógico que el que ofende debe pedir perdón, nos cuesta muchísimo reconocer que hemos ofendido. Por ello, Cristo nos enseña no sólo a dar el primer paso hacia el que hemos ofendido, sino también hacia el que nos ofendió. Quiere que le facilitemos el arrepentimiento. Siendo él totalmente inocente, da el primer paso hacia nosotros que somos reos de graves ofensas contra él. San Pablo, - de cuyo nacimiento celebramos dos mil años -, escribe: *“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores”* (Rm 5,8). E insiste: *“siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”* (Rm 5,11).

Que Dios da el primer paso hacia nosotros pecadores es uno de los puntos capitales de la teología de San Pablo, y fundamento de su tesis que Dios nos salva gratuitamente, no por las obras de la Ley de Moisés, sino por la fe en él: *“Ustedes estaban muertos a causa de las faltas y pecados... Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo, y con Cristo nos resucitó y nos hizo sentar con él en el cielo”* (Ef 2,1.4-6).

Dar el primer paso hacia el ofensor significa estar dispuesto a perdonar siempre. Pedro pensó que esta actitud tenía un límite, y que tal vez era suficiente perdonar siete veces. Pero a ello Jesús le contestó: *“No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”* (Mt 18,22).

35. El primer paso del ofendido hacia el ofensor no es fruto de un cálculo mezquino. Ha de serlo de una actitud sincera, así no se obtengan los frutos deseados. Sin embargo, siempre habrá un gran fruto. Cristo, con su primer paso hacia nosotros, nos abrió definitivamente el camino hacia

él, que jamás se cerrará. Nunca podremos decir que estamos irremediablemente condenados, pues estamos inicialmente salvados: *“Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (Rm 5,20). Del mismo modo, al dar el primer paso hacia el ofensor, podríamos no ser recibidos, incluso rechazados violentamente. Pero habremos abierto el camino. Y eso es ya un gran paso hacia la reconciliación, que nos hace merecedores de la bienaventuranza de Jesús: *“Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”* (Mt 5,9).

3º) Dar siempre el primer paso, aunque cueste un alto precio

36. Pero hay más. Cristo nos enseña a dar siempre el primer paso aunque nos cueste un alto precio. Él mismo lo pagó. ¡Y qué precio! Igual que San Pablo, San Juan señala el que Cristo no dudó en pagar el precio máximo, con tal de rescatarnos de nuestra maldad: la muerte en la cruz: *“Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos vida por medio de él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados”* (1 Jn 4,9-10). Lo mismo enseña San Pedro: *Ustedes saben que fueron rescatados de la vana conducta heredada de sus padres, no con bienes corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el Cordero sin mancha y sin defecto”* (1 Pe 1,18-19).

La reconciliación de Cristo trae la paz

37. Cristo, que no sólo enseñó la reconciliación, sino que la practicó dando el primer paso hacia la humanidad, firmó un pacto a nombre nuestro y de Dios. No se trata sólo de un armisticio, sino de una paz definitiva, plena: una verdadera *“alianza nueva”* (Lc 22,20), y *“eterna”* (Hb 13,20), muy superior a la que existía entre Dios y el Hombre inocente antes del primer pecado. San Pablo queda atónito ante la obra pacificadora de Cristo: *“Dios quiso que residiera en él toda la Plenitud. Por él quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz....Ahora él los ha reconciliado en el cuerpo carnal de su Hijo, entregándolo a la muerte, a fin de que ustedes pudieran presentarse delante de él como una ofrenda santa, inmaculada e irrefutable”* (Col 1,20-22). La contemplación de esta obra reconciliadora conmovió el corazón del Apóstol, pues en la carta a los efesios vuelve a insistir: *“Cristo es nuestra paz: él ha unido a los dos pueblos (judíos y gentiles) en uno solo, derribando el muro de la enemistad que los separaba... Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona”* (Ef 2,14-16).

La misión reconciliadora de la Iglesia

38. Contemplando la obra reconciliadora de Cristo, que constituye el mensaje central de la predicación apostólica, me pregunto muchas cosas: a) si constituye también el núcleo central de mi predicación; b) si está claramente presente en la catequesis y en la predicación de la Iglesia; c) si apostamos a ella todas nuestras fatigas pastorales; d) si celebramos la Eucaristía con frecuencia con esta intención, y para ello nos aprovechamos de los ricos textos del Misal; e) si los Obispos, además de ricas exhortaciones a la reconciliación, no deberíamos implementar también otras iniciativas que evidencien ante los ojos del pueblo qué significa reconciliación, y qué significa cada uno de sus pasos: dar el primer paso hacia el que ofendimos, darlo hacia el que nos ofendió, darlo siempre y a cualquier precio.

El apóstol San Pablo tenía esto bien en claro: *“Todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación. Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio nuestro. Por eso les suplicamos en nombre de Cristo: Déjense reconciliar con Dios. A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado a favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por él”* (2 Co 5,18-21).

39. La obra reconciliadora de la Iglesia apunta a lo más hondo del corazón humano. La promueve sobre todo por la predicación, el sacramento de la reconciliación y la vida de caridad.

Y, de manera muy concreta, por el testimonio de los cristianos. Muchos que, aparentemente, no saben nada de teología, la promueven de manera excelente. No olvido el ejemplo y la enseñanza de mis padres que, ante mi prepotencia con mis hermanos más chicos, me decían: “*sé condescendiente con tus hermanitos*”. No manejaban la Biblia, ni iban todos los domingos a Misa, pero se tomaban en serio la fe profesada en el Credo, donde se proclama la condescendencia de Cristo hacia nosotros pecadores, que nos reconcilió con el Padre: “*Creo en un solo Señor Jesucristo, ... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre, y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato*”.

“Hacedores de la paz” (“eirenoipoi”) en medio del mundo

40. ¿La “Reconciliación” cristiana puede tener frutos fuera de la Iglesia? Sin duda. Para tal afirmación, apelo, en primer lugar, a mi pobre experiencia. Habiendo estudiado en Europa después de la segunda guerra mundial, fui testigo cercano de cómo dos pueblos, alemanes y franceses, que se odiaban a muerte, se reconciliaban y se transformaban en apóstoles de la unidad europea. Gracias a Adenauer y Schumann, dos políticos auténticos, ambas naciones encontraron el camino para derribar el ídolo de la soberanía nacional al que, guerra tras guerra, inmolvaban a sus hijos para posesionarse de las minas de hierro y de carbón. Apareció así el arco iris de la paz, que parecía imposible, y establecieron la comunidad de bienes en provecho de las dos naciones y de todos los pueblos de Europa que se propusiesen detestar la guerra como medio de solución de los conflictos y abrazar decididamente el camino de la paz. Por ello pienso que no hay reconciliación imposible. Hasta la que pareciera más difícil, por ejemplo, entre israelíes y palestinos, que llevan sesenta años enfrentados. Es posible también la reconciliación interna de la Argentina.

Cristo, el arquetipo de la paz del mundo

41. La fe cristiana, además, me dice, con más claridad que mi experiencia, que la Reconciliación puede obrarse también fuera de la Iglesia. Y esto, por el peso decisivo que Cristo tiene en la historia por su encarnación. Él es miembro de la humanidad y actúa permanentemente en ella: “*Él es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra... Todo fue creado por medio de él y para él. Él existe antes que todas las cosas y todo subsiste en él. Él es también la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia. El es el Principio, el primero que resucitó de entre los muertos... Por él Dios quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz*” (Col 1,15-20).

Esta enseñanza del apóstol Pablo no es una simple declamación poética. Para el cristiano es una convicción de fe que Cristo actúa en el corazón de los hombres a favor de la paz. Y que donde se promueve la paz, allí está él. Pues “*Cristo es nuestra paz*” (Ef 2,24). Desde su nacimiento hasta su resurrección, no hizo otra cosa que anunciar la paz: “*Apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios: ‘¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres amados por él!’*” (Lc 2,13-14). “*Llegó Jesús, y poniéndose en medio de ellos les dijo: ‘¡La paz esté con ustedes’*” (Jn 20,19.2.26). Él es, por antonomasia, el “*hacedor de la paz*” (Col 1,20: “*eirenopoíēsas*”).

No importa que la acción en favor de la paz se realice fuera del ámbito visible de la Iglesia: sea familiar, vecinal, social, cultural, político, internacional. O la realicen hombres que no tienen la fe cristiana explícita. A todos los que se fatigan sinceramente por la paz, Jesús les dice: “*Felices los que trabajan por la paz (“eirenopoioi”), porque serán llamados hijos de Dios*” (Mt 5,9).

Todo ello es fuente de esperanza y de constancia para el cristiano, y lo impulsa a trabajar incansablemente por la paz, pese a todos los fracasos. ¿Estamos, de veras, enrolados, en la causa de la paz, de la reconciliación?

Para promover la reconciliación:

a) purificarnos de todo prejuicio

42. Para trabajar de veras por la paz, y para que la reconciliación sea posible en situaciones político-sociales complejas, una primera tarea a realizar es la purificación del corazón y del

lenguaje. El ciudadano cristiano ha de tomarse esta tarea como un deber en virtud de su fe. Para disponerse a realizarlo es preciso tener la valentía de analizar los prejuicios que lo mueven. No hay persona ni sociedad sin prejuicios. Se dan en todos los niveles: culturales, religiosos⁴, políticos, sociales.

43. Prejuicio es lo que dice la palabra: “pre-juicio”, un elemento pre-racional, o irracional, que se nos infiltra en la mente y en el corazón, y nos impulsa a interpretar la realidad a partir de él y a actuar en consecuencia. Es como un lente que deforma las figuras. Como el agujero de la llave que sólo permite ver una parte muy recortada de la realidad.

Algunos prejuicios son inofensivos. Otros son de consecuencias terribles. Algunos son adquiridos por una percepción errada de la realidad. Otros se adquieren por contagio, cediendo a la presión ambiental. Otros son heredados. Éstos son los más difíciles de extirpar, pues están incrustados profundamente en la conciencia colectiva, con el soporte de la tradición, de la escuela, de la autoridad, de los medios. Todo el mundo los repite como palabra santa, nadie los discute, se los tiene como verdades fundamentales, y tienden a concretarse en realidades imaginarias a las que hay que sacrificar todo.

b) Abolir toda ideología

43. En los prejuicios anidan las ideologías de todo tipo. Éstas son prejuicios evolucionados gracias a una racionalización que pretende justificarlos y a la retórica de los enunciados que les confiere cierta brillantez.

Son muchos los prejuicios convertidos en ideologías. Se observan especialmente en las sociedades más cultas: el progreso indefinido, el paraíso en la tierra mediante la lucha de clases, la supremacía del estado, el bien supremo de la nación, la superioridad de la raza para la salvación del mundo, el mercado con sus leyes absolutas a respetar. Pero las sociedades que aspiran a ser desarrolladas no les van a la zaga.

Toda ideología se ve a sí misma como la fórmula infalible de una humanidad nueva. De allí que se presentan como realidad absoluta y no toleran competencia. De allí, también, que las ideologías hayan promovido las luchas más vanas, costosas y sangrientas que se recuerden: el colonialismo, el capitalismo salvaje, el comunismo, el fascismo, el nazismo, el nacionalismo, el militarismo. Por ello siempre se procuran todo el poder bélico posible: desde el colosal poderío militar norteamericano, pasando por el terrorismo islámico, hasta fuerzas guerrilleras, parapoliciales o grupos de choque, como ha sucedido entre nosotros.

Los “pre-juicios” de los argentinos

44. ¿Cuáles son los prejuicios de los argentinos?

Antes aludimos a la “soberanía nacional” como prejuicio imperante en Alemania y Francia. Con él plasmaron un ídolo al que sacrificaban a sus hijos. Hasta el fracaso de la última gran guerra, no entendían que la “soberanía” es un valor relativo, respetable en la política internacional, pero que, si se lo absolutiza, se vuelve un ídolo perverso capaz de destruir la paz mundial.

⁴ Cf. C. J. Giaquinta, Homilía del Domingo 17º (27-07-08), pf. 7: “Ideologías se dan en todos los órdenes. También en el religioso. A veces nacen dentro de la Iglesia. A veces los cristianos nos montamos en alguna ideología de moda. ¿Qué ha sido la teoría de las dos espadas, sino una ideología? Se basó en una palabra bíblica: “*Señor, aquí hay dos espadas*” (Lc 22,38): una respuesta torpe de los discípulos a una enseñanza de Jesús sobre la necesidad de empuñar la espada en el combate decisivo. ¿O la teoría del “error no tiene derechos”? Un planteo aparentemente filosófico, que pretendió justificar la identidad del Reino de Dios con el reino temporal del príncipe cristiano, y, por tanto, el destierro de todo lo que supuestamente contrariase aquel Reino. Con buena razón, Juan Pablo II, en vísperas del segundo milenio del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, nos invitó a deplorar “*la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad*”. Y también “*la falta de discernimiento, que a veces llega a ser aprobación, de no pocos cristianos frente a la violación fundamental de derechos humanos por parte de regímenes totalitarios*” (Tertio Millenio Adveniente 35.36)”.

(Recordemos que la palabra “ídolo” viene del griego “eidólōn”, “apariencia”. Parece una realidad, pero no lo es. Pero no por ello el ídolo deja de tener poder. Un fantasma, que es pura apariencia, puede espantar y producir un desastre).

Los argentinos no anduvimos a la zaga de alemanes y franceses. También nosotros quedamos atrapados en el “pre-juicio” de la soberanía nacional y la convertimos en un ídolo, en cuyo honor casi nos destrozamos con los chilenos. Fue en aras de éste que rescatamos las Islas Malvinas sin importarnos las consecuencias. Un alumno entusiasmado me dijo: “¡Es como si hubiese llegado la parusía, la fecha que tanto ansiamos desde la escuela primaria!”. Y todos salimos a la Plaza de Mayo, a festejar delante de un Galtieri sonriente, olvidados que allí ayer había apaleado a los obreros.

¡Y cuántos prejuicios e ídolos más! Por recordar sólo algunos de las últimas décadas: “el proceso de reorganización nacional (Onganía)”, “la violencia de arriba engendra la violencia de abajo”, “Cámpora al Gobierno - Perón al poder”, “la Patria socialista”, “los argentinos somos derechos y humanos”, “la Argentina potencia”, “con la democracia se come, se educa, se cura”, “Argentina primer mundo” (socia extra OTAM). ¿Y, ahora, “este modelo económico”?

Podríamos elaborar un diccionario de prejuicios patrióticos. Casi todos riman bien, pero todos esconden alguna falsedad. Fingen fantasías políticas sobre la Argentina, que acaban por estallar. Y lo peor es que impiden gobernar para el argentino real, de carne y hueso, el cual ansía que la política le facilite un ámbito pacífico y justo donde desarrollar sus capacidades para contribuir así al bien común.

¿“Recuerdo” ó “Rencor”?

45. Para promover la reconciliación, además de purificarnos de prejuicios, hemos de purificar también el lenguaje y las actitudes que adoptamos. Pues, a pesar de que éstas son de apariencias frágiles, plasman las relaciones sociales y políticas.

Una purificación indispensable ha de hacerse en torno a la palabra “Memoria”. Hemos de velar que ésta siempre signifique “Recuerdo”, y nunca “Rencor”.

Estas dos palabras tienen el mismo origen semántico. Ambas provienen del latín y aluden al corazón, “cor”, pero tienen significados totalmente opuestos. “Re-cuerdo” significa “volver a pasar por el corazón” un hecho gozoso o doloroso, ocurrido en el pasado, que hemos asimilado. Es una especie de “memoria positiva”. De él extraemos lecciones, revivimos experiencias, y nos ayuda a proyectarnos al futuro. Sin recuerdos no existiríamos. El “ren-cor”, en cambio, es una situación espiritual patológica, que urge curar. Este roe un hecho pasado. No puede dejar de roerlo, pero no lo puede asimilar. Es una “memoria negativa”. Por ello con “ren-cor”, la vida es una agonía permanente.

B) Resonancias sociales y políticas

La “política”: vocación universal del hombre

46. Todo esto nos trae a la conclusión de nuestra reflexión: “**La Política Hoy**”.

El hombre es un ser esencialmente “político”. Aristóteles lo definió “animal político” (zōon politikón). “Política”, palabra que proviene del griego “pólis”, “ciudad”, significa el arte de construir la ciudad, entendido no como la urbanística, sino como la edificación de la convivencia humana. Ésta es una vocación universal, a la que están llamados todos los seres humanos. Nadie está excluido de ella. Es un derecho humano innato a respetar y defender. Indica la vocación suprema del hombre sobre la tierra: convivir con los demás, en verdad, justicia, libertad y solidaridad. Es decir, en paz. Y así, desarrollar las capacidades que tiene, en provecho propio y de la sociedad. Lo mismo vale para todos los sectores sociales e instituciones que sirven al bien común.

La vocación política así concebida hace a la esencia de la vocación del cristiano. Éste no podría alcanzar la patria definitiva del cielo si descuidase su vocación de contribuir a la construcción de la patria terrena. Los cristianos, que “*no tenemos aquí abajo una ciudad permanente*” (Hb 13,14), no nos fugamos de ella. Jesús nos sirve en esto de modelo. Él amó su ciudad con tal pasión que, “*cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella*” (Lc 19,41).

Voluntad de “Conciliación”: elemento esencial de la política

47. La “política” supone voluntad de suscitar “conciliación” entre las diferentes partes del cuerpo social para realizar un proyecto común de convivencia. Sin esa voluntad, la política sería una palabra vana, que sólo se prestaría a justificar los arbitrios más despóticos.

“Conciliación” es una palabra que viene del latín, “conciliare”, “concilium”⁵; y ésta a su vez del griego “kaleín”, que significa “llamar” o “con-vocar” a dos o más partes para una tarea común. (De allí, la derivación posterior para significar el acto jurídico que procura una solución entre dos partes en pugna. Esto último en el lenguaje cristiano se dice “reconciliación”).

La vocación política particular

48. Para suscitar la “conciliación”, la vocación política universal necesita concretarse en la vocación política particular. Se entiende por ésta la inclinación y capacidad de algunos ciudadanos para dedicarse expresamente a procurar el bien común. Y esto, de diversas maneras: mediante la administración pública, la militancia en un partido político, el ejercicio de la autoridad legítimamente obtenida. Por cierto que en todos estos ha de brillar la voluntad de conciliación. De ningún modo pueden ser campeones de la discordia.

Si bien ésta es una vocación particular, la sociedad necesita de ella. Y esto, sea por la complejidad de la vida humana que requiere múltiples servicios los cuales han de ser ordenados por una autoridad, sea porque es inevitable que en la sociedad se susciten conflictos y estos merecen solución.

Entendida así, la vocación política particular es la más noble de las vocaciones terrenales, pues promueve la paz social y prepara así el terreno y el clima en el que florecen las demás vocaciones: a formar familia, a trabajar, a dedicarse a una profesión, a la ciencia, al arte, a la economía, incluso la vocación religiosa.

Dignificación del lenguaje sobre la política

49. Ambos significados de “política”, universal y particular, nos ponen delante del ideal humano sobre la tierra, expresado a dos niveles: a) como derecho fundamental de todos a participar activamente de la construcción de la convivencia humana; b) como vocación específica de algunos a procurar directamente el bien común.

De allí, que los cristianos no podemos ceder al maniqueísmo que denuesta la palabra “política”. Reconocer la dignidad del hombre es un corolario necesario de nuestra fe en el Hijo de Dios hecho hombre. Y esto conlleva reconocer su vocación política universal, cultivarla en uno mismo y suscitarla en los demás. Supone también reconocer la dignidad de la vocación política particular, alegrarse cuando ésta surge en el prójimo, alentarla, incluso con la sana crítica cuando se desvía de su finalidad. Pero nunca denigrarla. Pues así como millones de sacrilegios no quitarían a la Eucaristía nada de su santidad, del mismo modo millones de chanchadas cometidas al amparo de la política concreta, jamás la harían indigna ni innecesaria. Como nos enseña Jesús, la indignidad reside en el corazón depravado del hombre, y no en las cosas que éste o que o en la profesión que ejercite (cf Mt 15.15-20).

Reconocer el descrédito de la política y dignificar su ejercicio

50. La dignidad de la política, que obliga al ciudadano a respetarla, obliga también al político a vivir y a realizar su vocación y misión con responsabilidad moral y competencia. Y esto a título muy especial, dada la mayor dignidad de su vocación y su mayor incidencia en la vida de la sociedad. Esta dignidad, más que mayores honores mundanos, exige mayor responsabilidad moral, tanto de parte de las personas dedicadas a la política, como de los cuerpos políticos.

Sin embargo, el pueblo contempla muchas veces un cuadro desalentador. Por ello exclama con amargura “¡todo es política!”, para expresar “¡todo es chanchullo!”. Ello se debe a que, a la vez que intuye la dignidad de la política y de quienes se dedican a ella, constata desilusionada la

⁵ Cf. Walde A., Lateinisches etymologisches Wörterbuch, Heidelberg, 1965: a) concilium, p. 258; b) calare, pp.141-142.

infracción repetida e impune de los deberes específicos por parte de los políticos, y sufren el fuerte daño que esto les causa.

51. Ante esta situación de descrédito, los políticos tienen la obligación moral de preguntarse sobre cuáles son las inconductas, personales y corporativas, que han llevado a ello. Han de evitar la hipocresía de atribuir todo a una confabulación. Ni pueden pedirle a la gente un lenguaje mesurado, y reclamarle que diga “sólo algunos políticos son corruptos”, cuando los cuerpos políticos (poderes constituyentes y partidos) muchas veces claudican en su misión, tardan en denunciar graves corrupciones, incluso se hacen cómplices de las mismas, y no imponen las sanciones que corresponden.

La democracia lleva ya 25 años desde su restauración, tiempo suficiente para que el ejercicio de la política se hubiese regenerado. No existe hoy la coartada de echar la culpa a los militares que interrumpían su ejercicio. Del hundimiento gradual de la Argentina sufrido en estos años, no sólo en el campo de la economía, sino especialmente en el campo de la política, y por tanto de la vida social argentina en general, los políticos (personas, poderes y partidos) han sido los principales responsables. Y ello, en forma proporcional. Cuánto más alta ha sido la autoridad ejercida, cuanto más noble ha sido el poder que sancionó las leyes que provocaron el hundimiento, o no guardó debidamente su independencia frente a los otros poderes del Estado, cuanto más poderoso ha sido el partido que dio sustento a tales gobiernos, tanto mayor responsabilidad les cabe en esta decadencia. Es necesario que lo reconozcan, al menos silenciando la vana retórica con que enrostran a otros los males acaecidos.

Y esto, que no vale contra otros argentinos, tampoco vale más contra los de afuera. No fue con esta actitud adolescentes, con la cual Japón y Alemania se levantaron de sus ruinas, pese a los muchos males que les venían desde afuera. Porque en la derrota se condujeron con dignidad, por ello la recuperaron. La Argentina no tiene otro camino para recobrar su dignidad que conducirse siempre con dignidad. No más con la actitud de los compadritos y de los malevos, que a veces adoptamos.

Necesidad y dignidad de la autoridad

52. Toda sociedad, por mínima que sea, es un ente complejo, pues consta de dos o más voluntades. De allí, la necesidad de una autoridad que la presida y suscite la “conciliación” y la cooperación activa de los miembros que la integran.

La palabra “autoridad” viene del latín “augere”, que significa “crecer”. Para los latinos, la “auctoritas” era la capacidad de ayudar al otro a crecer. También hoy, aun los que no conocen la etimología, entienden que la autoridad es esto. Es lo que, sin muchas filosofías, entienden espontáneamente los padres para con sus hijos pequeños. Más allá de los títulos, investiduras o votos que una persona obtuviere: le reconocemos autoridad a quien hace crecer al otro. Y para ello sabe proponerle la meta hacia la cual se va, lo secunda en desarrollar sus capacidades para participar activamente del proyecto común, para ello lo sabe esperar, y cuando es preciso lo sanciona con justicia.

En cambio, al que se erige en el “manda más”, que se arroga el papel de vocero único de la verdad, que desplaza, aplasta, humilla, vocifera, acalla, atemoriza: a ese se lo teme, pero no se lo respeta como autoridad. Tendrá, quizá, autoridad legal, pero no real. Puede parecer eficaz, pero es un hiperactivo, incapaz de conducir nada, y pronto se estrellará junto con quienes se le someten.

La hegemonía: una enfermedad que mina la salud de la autoridad

53. Así como la pasividad de la autoridad es una enfermedad que la mina, la impaciencia no lo es menos. En algún caso puede llegar al paroxismo, que se refleja en la hiperactividad y en la agresión contra todo aquel que resista su desmesura.

En el campo individual esto puede traducirse en lo que comúnmente se llama “un tipo matón”, “el matón del barrio”. En el campo de la política, esto se traduce en la hegemonía de una persona, poder, o partido.

“Hegemonía”, es una palabra compuesta, que proviene del griego: “hegéomai” (conducir), “mónos” (uno solo). Significa “la conducción de uno”. Uno solo es el que piensa, habla y

decide. Lo cual puede tener una gradación enorme: desde el tipo de gobernante que se parece al matón del barrio, hasta los tiranos más crueles. En esto se lucieron modernamente Stalin, Hitler y Mussolini. De allí, los títulos que algunos adoptaron: el “Führer”, “Il Duce”, el “Caudillo de España”. De allí, también los regímenes despóticos en que se sustentaron: comunismo, nazismo, fascismo, y sus diversos derivados.

¿Cuál es firmeza de nuestra voluntad de democracia?

54. La hegemonía política tiene larga tradición en la Argentina. Al comienzo de esta charla, hemos visto cómo nuestra historia, desde sus orígenes, está atravesada por ella. Ha sido la lucha irracional por la imposición de la hegemonía de una persona o de un sector sobre otro; la prevalencia de Esaú sobre Jacob, y viceversa. Y ello se da tanto a nivel nacional como provincial.

De la hegemonía a nivel nacional no es preciso aportar demostración.

A nivel de las Provincias, en cambio, el mal de la hegemonía podría estar disfrazado incluso bajo el ropaje de la federación, que en justicia reclaman. Al contemplar la historia y la realidad actual, uno se pregunta si todas las Provincias se conciben en verdad como un estado democrático federado a los otros. O si algunas se conciben más bien como un principado donde el príncipe local, secundado por una corte lugareña, se hace cargo del pan de los vasallos a costa de su sometimiento incondicional. Y, que por ello, el príncipe, aun cacareando federalismo, tampoco duda en someterse servilmente al poder central, al precio de que éste le asegure el pan prometido a los vasallos.

De la observación, surgen más preguntas. ¿Por qué se da con frecuencia el fenómeno de familias políticas que, en las Provincias, se transmiten el poder en forma cuasi hereditaria? ¿Es así porque siempre cultivan de veras la voluntad representativa republicana federal de sus comprovincianos? ¿O juegan a veces resortes no tan santos?

Vale la pena formular una pregunta análoga a nivel nacional. ¿Por qué se da entre nosotros el fenómeno de la pareja político-matrimonial? Miramos con mucha simpatía a la pareja arquetípica Perón-Evita: Con menos simpatía a la pareja Perón-Isabelita. Y comenzamos a mirar con recelo al matrimonio Kirchner-Cristina. Es un fenómeno desconocido o poco frecuente en otras democracias. Aquí es un fenómeno siempre producido y aceptado por nosotros los argentinos. Si ello afectase a la democracia, no deberíamos descargar toda la responsabilidad sobre las mencionadas parejas. Pues somos los ciudadanos los que las aplaudimos y votamos. Pero hemos de pensar si de veras entendemos así el sistema “representativo” de la Nación, y si así lo queremos.

¿Añoranza por la monarquía?

55. En tren de preguntar, todavía algunas: ¿los argentinos queremos en verdad un sistema de gobierno representativo republicano federal? ¿O ello sería una simple máscara con que disimulamos nuestra idiosincrasia, la cual tendría una secreta añoranza por un sistema monárquico de mano dura?

¿Por qué las Cámaras de Representantes de las Provincias representan con frecuencia los órdenes del Poder Ejecutivo más que los intereses del pueblo que los votó? ¿Por qué en sus recintos muchas veces se arman grescas bochornosas? ¿Por qué otras veces desciende a los mismos el silencio, quebrado sólo por la orden oficial de votar según “la obediencia partidaria”? Curiosa manera de hablar en democracia: el parlamento que se rebeló contra la ley de obediencia debida, aplaude la obediencia partidaria. Y al que vota según su conciencia se lo condena como traidor.

Por otra parte, también cabe preguntar: ¿por qué los ciudadanos argentinos, que lucimos con orgullo la libreta de enrolamiento (o el DNI), donde se inscribe periódicamente el cumplimiento de la obligación de votar, tuvimos que esperar a derramar tanta sangre y tantas lágrimas antes de detestar los golpes militares? ¿Acaso no los vimos muchas veces con simpatía, y algunas veces incluso los propiciamos, porque nos garantizaban que finalmente alguien venía a gobernarnos “en serio”?

Sustrato pseudo-religioso de la hegemonía política

56. Queriendo averiguar el por qué de los males políticos que nos aquejan, en particular la hegemonía de una persona o de un partido, no hace mucho me preguntaba por la responsabilidad que nos cabría en ello a los pastores: *“Los pastores, por nuestra parte, debemos revisar la catequesis social que hemos impartido a lo largo de décadas. E interrogarnos: a) si no habremos transmitido una comprensión un tanto laxa en lo tocante al cumplimiento de la ley civil; b) igualmente, si no habremos transmitido una comprensión un tanto idolátrica de la autoridad, al explicar en forma incompleta que ésta viene de Dios (cf Jn 19,11; Rom 13,1), olvidando enseñar que también está sometida a él (no a la Iglesia): “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5,29; 4,19). Y que, por lo mismo, cuando ella se desmadra, debe ser resistida pacíficamente con medios democráticos. Y, en consecuencia, hemos de analizar si no habremos alentado un estilo autoritario de ejercer la autoridad, y, por ende, cierto espíritu gregario en la ciudadanía: actitudes que degradan al pueblo y le impiden tener un lugar digno en el mundo”*⁶.

Convendría que, en la Iglesia, enriqueciésemos nuestra catequesis y predicación sobre la autoridad, con los ejemplos de los mártires judíos del Antiguo Testamento y con el de los mártires cristianos de los primeros siglos. Son emocionantes. La fe en el único Dios lleva al ciudadano cristiano a estas dos actitudes frente a la autoridad: 1ª) respeto y colaboración; 2ª) resistencia democrática ante sus abusos. Aunque parezcan contradictorias, son profundamente coherentes y complementarias. Y fundamentan la postura auténticamente democrática del cristiano.

Titubeos de los católicos en asumir la democracia

57. Y hablando de democracia, reconozcamos que a muchos católicos nos costó demasiado asumir la enseñanza sobre la democracia propuesta por el Papa Pío XII en el radiomensaje Benignitas et Humanitas (24-12-1944), pronunciado poco antes de la conclusión de la segunda guerra mundial. Cuando joven, escuché al respecto opiniones desaforadas. Por ejemplo que, a partir de ese documento, el Papa habría perdido su autoridad pontificia, pues habría caído en la herejía. Los católicos argentinos teníamos asimiladas las críticas de León XIII a la democracia liberal (*Diuturnum illud*) y a la democracia socialista (*Graves de communi*), pero no así su enseñanza sobre la auténtica democracia (*Libertas, Inmortale Dei*). Y ello nos impedía asumir la doctrina de Pío XII. Recuerdo que, todavía en 1981, cuando comenté el documento del episcopado “Iglesia y Comunidad Nacional”, una persona, con significativa autoridad moral, se levantó en la sala para impugnar el documento, porque, al hablar de democracia, eso le coartaría a él su opción política que era por el sistema “dictadura”.

58. ¿Por qué hubo estos titubeos y resistencia en el mundo católico en asumir la “democracia”? Las razones pueden ser muchas. Apunto sólo dos. La primera, que durante siglos, no se conoció otro sistema de gobierno que el monárquico. Y a este se lo cargó con argumentos para justificarlo como necesario. Por lo cual a muchos le parecía el único viable. No se cambia de pronto lo que se pensó en siglos. Otra, el aforismo “el error no tiene derechos”, repetido como verdad santa. Por lo cual, la dictadura podía ser vista como más conveniente para imponer la verdad. Nunca escuché tal aforismo en labios de un profesor del Seminario de Buenos Aires, pero en la década del 40 circulaba como moneda corriente en círculos católicos. Se olvidaba que los derechos son de las personas, aunque estén en el error, las cuales tienen derecho a buscar la verdad con libertad.

El ciudadano cristiano apóstol de la reconciliación, en un mundo cambiante, pluricultural y conflictivo

59. Los cristianos hemos de ser conscientes que, al pronunciar la palabra democracia, no todos decimos lo mismo. Ésta tiene muchos significados: desde la ficción marxista de democracia, hasta la concepción individualista “yo hago lo que se me ocurre”. Para el cristiano la

⁶ **El Bien y el Mal: ¿dos mundos en guerra?** Apuntes de + C. J. Giaquinta, para la homilía del Domingo 16º (20-07-2008), en AICA: (www.aica.org/documentos/obipos argentinos).

democracia es mucho más que un sistema de gobierno. Es, ante todo, una cultura ciudadana, que incluye necesariamente la participación activa de todos y cada uno en la vida de la Nación, y le exige una mayor responsabilidad moral en su accionar.

Incluso, si fuere su vocación, conviene que el cristiano milite en política partidaria. Los obstáculos morales que encontrare en este campo no han de retraerlo de actuar en ella, o dejar de preferir el tipo de gobierno representativo por uno hegemónico, o no esforzarse por perfeccionarlo participando desde adentro.

60. La confusión se da también sobre los “derechos humanos”. El cristiano cree que éstos son inherentes a la persona humana, dados por el Creador, anteriores a cualquier autoridad, personal o parlamentaria. Otros piensan que son establecidos según el sentir de cada época. De allí que, pronunciando las mismas palabras, signifiquemos muchas veces cosas distintas. Pero tampoco esto ha de ser óbice para que los cristianos evitemos el diálogo con los que piensan distinto y dejemos de buscar los puntos fundamentales que tengamos en común. Por cierto que esto exige inteligencia, fatiga y mucha prudencia o sabiduría espiritual.

61. Un hecho que se torna cada día más evidente, es que se está diluyendo en el mundo la unanimidad en torno a un pensamiento moral fundamental, como el que existía todavía en 1948, cuando se publicó la Declaración de los Derechos del Hombre. El choque de civilizaciones, que algunos temen, pareciera estarse produciendo dentro del mismo Occidente, el cual se presenta por momentos como partido en dos.

Sin embargo, hay que ser precavido de pensar que en un lado de esta división estaría la opción cristiana, y en el otro la contraria. La situación es mucho más compleja. Entre la multitud de partidos políticos que se conocen no es fácil encontrar uno, con real peso en la vida de una nación, por el cual el católico pudiese optar con tranquilidad. Los partidos políticos suelen tener profundas contradicciones y divisiones. Un partido siempre es un partido, y puede a su vez partirse.

Todo esto plantea perplejidades al ciudadano cristiano sobre cómo actuar. La vieja orientación episcopal para las elecciones, “el cristiano ha de optar entre aquellos partidos que defienden los derechos humanos, la vida, la familia, etc.”, sigue siendo teóricamente válida, pero es cada vez más impracticable, porque tales partidos no existen. Por ello, urge que el cristiano crezca no sólo como miembro de la Iglesia, sino también como miembro de la sociedad política. Y que allí actúe su llamado a la santidad. Y que cuando deba decidir, elija lo que, según su prudencia, ve como el mejor bien o tal vez como el mal menor. Cobra actualidad, cada vez más, la consigna de Pablo VI a los fieles laicos: *“Los seglares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal. Si la función de la jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo, pertenece a ellos, mediante sus iniciativas, y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida”* (Quadragesima adveniens, n. 48).

Necesidad de la catequesis social

62. Para que el católico adopte una actitud participativa en la política, entendida a los dos niveles que dijimos: un camino adecuado, conforme a la mejor tradición eclesial, es una catequesis sólida y persistente sobre el cristiano en cuanto ciudadano, su vocación política, y sus derechos y deberes en la sociedad civil y política. Sin catequesis social, que ayude a transformar la mente y el corazón, los cristianos continuarán dependiendo infantilmente de los pastores, que si bien conocemos la doctrina, no tenemos especial competencia dentro de la complejidad de la vida de la “pólis”. Por lo mismo, los cristianos continuaremos sin peso en la vida política. Y los argentinos, continuaremos con nuestra democracia formal, no plena. La hegemonía de personas y del partido mayoritario seguirá siendo la regla, profundizará la discordia nacional y acentuará aun más la decadencia de la Nación.

Hacer política: un arte difícil de ejercer

63. Experiencia de ideologías, los argentinos hemos hecho sin cuento. De todos los colores. No han llegado a la exacerbación de otros países, pero nos permitieron experimentar todos sus fracasos. Los ciudadanos cristianos hemos de tener presente que la ideología siempre está a la puerta. Su tentación puede insinuarse en cualquier momento. Hasta bajo ropaje religioso. Podríamos pensar que si muchos “cristianos comprometidos” se meten a militar en política partidaria, ésta pronto será un paraíso. Y esto no sucederá jamás.

La política, incluso cuando fuese ejercida con honestidad y competencia por todas las partes en juego, siempre será un discernimiento difícil, laborioso, que los políticos han de hacer en conjunto, sobre una determinada situación social que tiene su relativa complejidad y la solución a aportarle. Supone la obligación de estudiar el problema lo más exhaustivamente posible. Esto incluye escuchar con sinceridad la visión que el otro alcanzó del mismo. Lo cual puede enriquecer la comprensión que tiene, y ayudar a formular luego el voto de una manera que antes no había pensado. Ante un mejor conocimiento de la realidad, uno tiene la obligación moral de asumir ese nuevo conocimiento, y proceder luego en consecuencia.

Hacer política sin ceder a mesianismos

64. Por “mesianismo” se entiende una visión falseada de la salvación: que el Mesías llegaría ya, y nos traería la solución que nosotros esperamos, no la que Dios quiere darnos, por los medios que él dispone. Así los judíos, cuando después de la multiplicación de los panes, a Jesús lo quisieron proclamar rey (cf Jn 6,15). Recordemos que en Israel al rey se lo ungía, se lo crismaba (Cristo), se lo hacía Mesías.

No es el momento de detenernos a ver cómo el mesianismo, o falsa expectativa del Mesías, estaba presente incluso entre los discípulos y contemporáneos de Jesús (cf Hc 1,6; Lc 17,20; 19,11).

Esta tentación, que acecha de manera muy especial a la política, se la supera: a) mediante la contemplación del hombre real, concreto, de carne y hueso, a cuyo servicio ha de estar la política; b) mediante la crítica a toda ideología, incluso religiosa.

A este fin, puede ser muy útil reflexionar las enseñanzas que Benedicto XVI nos da en sus dos encíclicas: 1º en “Dios es amor”, especialmente al hablar sobre la “Justicia y la Caridad” y el papel de la Iglesia y de la sociedad política (cf. nn. 28-29); 2º en “Salvados en la esperanza”, especialmente los capítulos sobre “la transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno” (cf. nn. 16-23), y “la verdadera fisonomía de la esperanza cristiana” (nn. 24-31).

Pero por hoy, esto es suficiente.

En el Seminario Mayor Inmaculada Concepción, de Buenos Aires, 13 de agosto de 2008.

Mail: carmelojuangiaquinta@gmail.com